

Mt 24,37-44

En el momento que no piensen, vendrá el Hijo del hombre

Cada año, el Evangelio del Domingo I de Adviento, con el cual comenzamos un nuevo año litúrgico, nos pone ante los ojos la venida –adviento– final de Jesús y, de esta manera retoma el tema de los últimos domingos del año que ha concluido. Nos acompaña este año 2026 –múltiplo de tres, más uno– el ciclo A de lecturas, en que se lee el Evangelio según San Mateo. El Evangelio nos dice que la venida de Jesús resucitado –de ocurrencia cierta, pero de fecha incierta–, que pondrá fin al tiempo en que estamos inmersos, debe determinar la vida de un cristiano.

Antes de Cristo, el pueblo judío ya tenía la certeza de que el tiempo tuvo un primer día y que tendrá un último día. Esto no lo descubrió la mente humana, sino que les fue concedido a ellos conocerlo por revelación divina. En efecto, la primera línea de la Biblia dice: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra... Dijo Dios: "Haya luz" y la luz fue... Y atardeció y amaneció: día primero...» (cf. Gen 1,1.3.5). Con la creación de algo material, comenzó el tiempo y, desde entonces, se suceden los días sin interrupción hasta hoy. Y respecto del fin, Marta confiesa la fe de Israel –al menos, de los fariseos–, cuando, ante el sepulcro de su hermano Lázaro, dice a Jesús: «Sé que resucitará en la resurrección, el último día» (Jn 11,24). Jesús nos revela que ese «último día», que Él llama «el fin de los tiempos», será el de su venida gloriosa, el evento que confesamos como un artículo de fe: «De nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos». Esta verdad tiene mucho relieve en la enseñanza de Jesús hasta el punto de ser, en el Evangelio según San Mateo, sus últimas palabras en esta tierra: «Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20). Y respecto del evento que pondrá fin a los tiempos, está expresado en las últimas palabras de toda la Biblia: «Dice el que da testimonio de todo esto: "Sí, vengo pronto". "¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!"» (Apocalipsis 22,20). El tiempo litúrgico del Adviento nos invita a seguir repitiendo este anhelo: «¡Ven, Señor Jesús!».

El Evangelio de este domingo es un apremiante llamado de Jesús a estar preparados para el momento en que Él venga, de manera que no nos sorprenda amando las cosas caducas de este mundo más que a Dios. El contexto de ese llamado está en las dos afirmaciones precedentes de Jesús: «El cielo y la tierra pasarán... De aquel día y hora, nadie sabe nada... excepto

sólo el Padre» (cf. Mt 24,25.26). Sabemos una cosa: que este mundo pasará; ignoramos otra: el día y la hora en que eso ocurrirá. La conclusión obvia es que hay que estar preparados, para que, cuando ocurra, nos encuentre en el amor a Dios y no al mundo.

Según su modo habitual de enseñar, Jesús cita un caso concreto de la historia que no debemos imitar: «Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre. Porque, como en los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que entró Noé en el arca; y no se dieron cuenta, hasta que vino el diluvio y los arrasó a todos; así será también la venida del Hijo del hombre». Dos veces advierte Jesús: «Así será la venida del Hijo del hombre». Nadie podrá quejarse de que no fue advertido.

El evangelista Lucas conoce una segunda estrofa, paralela a la anterior, de esta misma advertencia de Jesús, que copiamos aquí, dado que este texto no se lee nunca en la liturgia dominical (ciclo C): «Como sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; pero el día en que salió Lot de Sodoma, Dios hizo llover fuego y azufre del cielo y los hizo perecer a todos. Lo mismo sucederá el día en que el Hijo del hombre se manifieste» (Lc 17,28-30). La repetición del mismo llamado le da más urgencia. Es algo que no se puede dejar para mañana, porque podría ser ya tarde.

Al leer estas advertencias de Jesús sobre la necesidad de estar preparados, nos preguntamos: ¿Por qué mandó Dios en los días de Noé un diluvio que arrasó con todos? La respuesta la encontramos en la misma Palabra de Dios: «He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencia por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra» (cf. Gen 6,13). En realidad, los medios para ejercer violencia que tenían los hombres en el tiempo de Noé son nada en comparación con los instrumentos de muerte y exterminio que nos hemos fabricado en nuestro tiempo y que ¡usamos a diario!, en las guerras entre naciones y, a nivel local, en la delincuencia y el terrorismo.

Y ¿cuál fue el pecado de Sodoma? Los habitantes de Sodoma exigieron a Lot sacarles a los dos ángeles, que, en forma humana, habían sido acogidos en su casa diciendo: «¿Dónde están los hombres que han venido donde ti esta noche? Sácalos, para que abusemos de ellos» (cf. Gen 19,5). El pecado de «sodomía» atrajo sobre esa ciudad ese castigo.

La violencia y la sodomía serían pecados suficientes de nuestro tiempo para hacernos temer que la venida del Hijo del hombre –Jesucristo– nos encuentre así en su venida. Pero Jesús, en realidad, eso lo da por sabido y destaca otro aspecto, a saber, la prescindencia de Dios, que caracteriza también a nuestro tiempo: «como en los días de Noé, comían, bebían, tomaban mujer o marido» o «como en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían». ¿Qué tiene de malo? Que no hay ningún vestigio de oración, no reconocen que todo lo que comen, beben, compran y venden lo han recibido como un don del Creador y que a Él deben agradecerlo. También en nuestro tiempo son pocos los que reconocen que «es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias, siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno». En nuestro tiempo, a causa del desarrollo tecnológico, el ser humano no siente la necesidad de Dios; se siente autosuficiente. Y, sin embargo, sigue siendo verdad la advertencia del apóstol Juan: «Hijos míos... no amen el mundo ni lo que hay en el mundo... porque el mundo y sus concupiscencias pasan, pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre» (cf. 1Juan 2,15.17).

En el caso del tiempo de Lot Jesús agrega una circunstancia: «compraban y vendían». Hemos visto que en el tiempo de Jesús esta actividad había invadido incluso el templo y que esto movió a Jesús a expulsarlos de allí con un látigo diciendo: «No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado» (Jn 2,16). Lo mismo hemos hecho nosotros con este tiempo de Navidad. Hemos olvidado que este nombre significa el nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre en nuestro mundo, el evento más importante y el centro de toda la historia, y lo hemos convertido en un frenético comprar y vender. Se puede pasar todo el tiempo de Navidad sin mencionar nunca el nombre de Jesús. Si fuéramos honestos, deberíamos llamarlo «fiesta del retail, o del marketing» u otros nombres parecidos. El sagrado nombre de «Navidad» tiene un solo significado; designa el nacimiento de Jesús como Salvador del mundo. No hagamos de él un mercado, un mero «comprar y vender».

Jesús repite: «Velen, porque no saben en qué día vendrá el Señor... estén preparados, porque en el momento que no piensen, vendrá el Hijo del hombre». Y para ilustrarlo, según su modo habitual de enseñar, dice una parábola: «Si el dueño de casa supiese a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no permitiría que le horadasen su casa». La venida

de Jesucristo será llena de gozo para sus discípulos y por eso, repetimos: «Ven, Señor Jesús». No se parece en nada a la venida del ladrón, que es lo más indeseado, excepto en el hecho de que no se sabe cuándo vendrá y que, por eso, hay que estar siempre en vela. Jesús no vacila en usar esa comparación para inculcarnos la necesidad de convertirnos ahora. Hay que reconocer que nuestro tiempo no piensa que pueda venir ahora el Hijo del hombre a poner fin a la historia. Según la advertencia de Jesús, se cumple la condición para que sea precisamente éste el momento. Vivamos ahora como queremos que Él nos encuentre.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo emérito de Santa María de L.A.